

Supervivencia de Fray Vicente Ferrer

Por F. Llop Lluch

Si para cualquier extranjero es emotivo llegarse a Francia, a los valencianos aún lo será más, por el hecho en sí, de visitar la amplia nación donde nuestro gran dominico valenciano la recorriera evangelizándola.

Quien vaya incluso a departamentos alejados de las rutas ciertas de su predicación, verá cómo se remansan tradiciones, o recuerdos, o enseñanzas, cuyo eje es el Maître Vincent.

Y no sólo en lo exterior, en todo aquello no aparente, se revela el paso del fraile dominico en estas tierras, bendicidas y pródigas en curaciones portentosas y hechos maravillosos, que aun a tantos siglos efectuados reviven en especial lozanía.

Andábamos ensimismados por estas campiñas eternamente verdes, cuando fuimos espectadores de un acto que recordaremos siempre como eco emocionado y casi increíble visión.

El apacible Sena rebrillea sus oscuras aguas bajo un sol discreto, tibio...

Junto al Pont l'Alma, blanco, con ornamentación esbelta —mármoles, verdinegros bronce y doradas alegorías, figuras que ciegan al luminoso día—, el glauco de sus paseos y parques.

Varada, con suave balanceo, larga embarcación de gran lujo que para turismo y como línea regular transporta y deleita a tantísimos seres que se llegan a esta importante capital.

Acrystalado, cubierto y cerrado como protegiendo a sus moradores del venticillo rumoroso y fresco que acanalado deslízase con harta frecuencia, vémosle como evidenciando el refinamiento actual.

A pleno sol, sobre esta embarcación, altarcillo.

Con verdadera devoción aprestémonos a presenciar el Santo Sacrificio de forma y manera que los siglos pasados no pierdan su eficacia enlazándose con el vivir presente.

Misales voluminosos, modales recitados los más, alguna excepción permitida en vestuario..., pero en esencia, respeto y convivencia con diferentes razas.

Un poco al fondo, como aupándose para contemplarlo, la esbeltísima silueta de la Torre Eiffel.

Es muy claro y casi sin nubes el cielo.

No molesta el sol aun en su firmeza.

Todo es acogedor, reposado, sereno.

Transcurren los primeros rezos del Introito con clara pronunciación francesa.

Dialogan los fieles devotos ajenos al tránsito rauda de los diversísimos vehículos que por las riveras del río y puente transcurren, pero sin estridencias.

Allá a lo lejos largo ferrocarril, que si fugazmente viene, desaparece veloz.

Siguen impertérritos y sin distraerse cuantos contemplan la sacra ceremonia.

Prosiguen tras los Kiries, oración y Epístola.

El venticillo tenue juguetea con el ropaje del altar portátil.

Protegidas por fanalillos de cristal, las velas litúrgicas revuelan, en ocasiones, alocadas, cual presintiendo el hecho inmediato.

Tocadas las reverentes señoras con gorrillos y boinas, extrañemos la ausencia total de mantillas.

Ya es llegado el rezo del Evangelio. Con precisión metódica vemos levantarse y presignarse a esta masa de nativos y turistas venidos de los más diversos lugares del orbe.

Todo nos conmueve. Desde el am-

biente y lugar hasta en los nimios detalles que van aflorando en sus matices más y menos fáciles de captar.

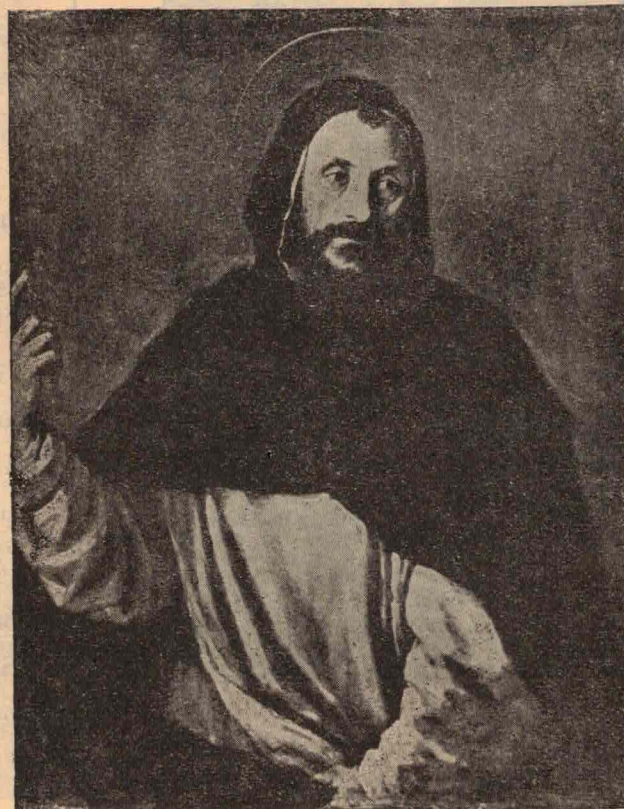
Cuando... ya finalizado el Evangelio, casi inadvertidamente, vemos cómo se retira el celebrante a cercano sillón.

Y... aún sentimos la emoción más viva e increíble al ver surgir sin saber cómo la figura de un Padre Dominicó con clara tonsura, alba túnica, negra capa, que con ademán reposado comienza la explicación del texto sagrado de la presente dominica.

Presencia viva, perenne, pero actual ante el gran movimiento de esta inmensísima ciudad epígono y enclave del viejo mundo.

Estrato siempre removido aflorando a la superficie, pugna entre el Espíritu de las Tinieblas y la Luz de la Verdad.

Desmesuradamente abiertos los ojos seguimos la amable figura y presencia viva del fraile dominico que nos retrotrae con verdadera actualidad la eterna presencia de Fran Vicente Ferrer por estas tierras francesas.



Tiziano, "San Vicente Ferrer"
Galería Borghese. Roma

ALTAR DEL TROS-ALT

